

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, JUNIO 15 DE 1873.

{ NUM: 38.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LAS ROSAS DE M. DE MALESHERBES.

De cuantos bienes nos dispensa el cielo, el que contribuye mas al embeleso de la vida, y es á un mismo tiempo mas puro y durable, es la dicha de vernos queridos. Como esta felicidad no puede tener por fundamento mas que un verdadero mérito, renunciemos, hija mia, por un momento á los atractivos de la ficcion, y empecemos esta segunda parte de nuestras conferencias por la relacion fiel de una anecdota interesante, que al recordarnos un magistrado de los mas insignes del siglo pasado, probará los goces que el amor y respeto que infundimos nos proporcionan.

M. de Lamoignon de Malesherbes, que basta nombrarle para designar el ministro íntegro, el modesto sábio, el gran naturalista, y el mejor hombre, solia pasar todos los años una parte del verano en el magnífico palacio de campo de Verneuil, junto á Versailles, para descansar de las altas y delicadas funciones que le estaban confiadas. Entre las ocu-

paciones á que este hombre célebre se entregaba, era el cultivo de las flores aquella que mas le robaba todas sus potencias. Tenia con particularidad suma complacencia en cuidar de un bosquecillo de rosas, que él mismo habia plantado en una media luna de un taller, que formaba un abrigo de caza, y en las inmediaciones de Verneuil.

De cuantos rosales habia plantado M. de Malesherbes, ninguno habia engañado sus esperanzas. Varios rosales de diferentes especies, que en este rústico y solitario sitio formaban un palpable contraste con los arbustos silvestres que los rodeaban, atraian las miradas de todos, y engendraban una impresion tan agradable como imprevista.

El feliz cultivador de este famoso bosquecuelo no podia menos de ensoberbecerse con su buen éxito, á pesar de su insinuante modestia. De ello hablaba á cuantos se presentaban en su palacio de Verneuil, y los llevaba á lo que él llamaba *su retiro*. Con sus propias manos habia formado un pulido asiento de césped, y construido de tierra y ramas de árboles una gruta, en que unas veces se ponía á cubierto contra la lluvia, y otras libertaba su cabeza sexagenaria de los encendidos rayos del sol. Allí, con un *Plutarco* en la mano, lectura favorita suya, reflexionaba en paz sobre las vicisitudes humanas, y reca-

pitulaba con delicia las acciones memorables con que habia ilustrado su carrera.

«Pero vea vd., pues, decia á cuantos sugetos conducia á esta soledad, ¡cuán frescos y espesos están todos estos rosales! Los de los jardines magníficos y mejor cultivados, no tienen flores mas hermosas ni abundantes. Lo que mas me pasma, añadía todo enajenado, es que haciendo ya muchos años que cuido de estos rosales, no he perdido ni siquiera uno de ellos hasta ahora; no hubo jamas jardinero, por hábil que fuese, que tuviese mano tan dichosa como la mia; y por lo tanto me llaman en esta aldea *Lamoignon las Rosas*, para distinguirme de aquellos de mi familia que llevan el mismo nombre.

Un dia en que este sábio naturalista habia madrugado mas de lo acostumbrado, fué á su sotillo favorito antes de salir el sol. Era hácia mediados de Junio, y con corta diferencia en la época del solsticio en que los dias son los mas largos del año. Estaba deliciosa la mañana; un aire fresco y copioso rocío refrescaban la tierra desecada por el calor de la víspera. Los variados cantos de millares de pajarillos formaban un concierto pasmoso, que el eco multiplicaba hasta el infinito, y repetía en los inmediatos oteros; las esmaltadas praderías, plantas aromáticas y tiernos pámpanos de la vid florida, llenaban

la atmósfera de una fragancia deliciosa..... Sea dicho en una palabra, la primavera reinaba todavía, e iba apuntando el verano.

Sentado M. de Malesherbes cerca de su gruta, contemplaba lleno de respeto aquella calma dichosa de una mañana de campo, en que uno goza del encanto de ver, digámoslo así, despertarse á la naturaleza. De repente se deja oír un ligero ruido. Cree al principio que pasa atravesando el soto alguna cierva ó tímido cervatillo; mira, examina, y descubre por entre las hojas á una moza, que de vuelta de Verneuil con un cántaro de leche en la cabeza, se para junto á una fuente, llena allí de agua su vasija, se adelanta hasta el bosquecillo, lo riega, va y viene á la fuente repetidas veces, y por este medio echa al pié de cada rosal una cantidad de agua suficiente para conservar su frescura.

El magistrado, que durante este tiempo habia estado inclinado sobre su asiento de césped, para no interrumpir á la jóven lechera, la seguia ansiosamente con la vista, no sabiendo á qué atribuir aquel solícito riego con que la moza refrescaba sus rosales. Tenia la moza una cara muy peregrina; se espresaban en sus ojos el candor y la alegría, y su tez tomaba algún colorido con el ardor de la reciente aurora. En esto la conmocion y curiosidad llevaron involuntariamente al naturalista hácia la jóven desconocida, en el momento en que estaba vertiendo al pié de un rosal el último viaje de agua.

Estremeciéndose toda, la moza da un grito, pasmada á la vista de M. de Melesherbes que se llega luego á ella, y le pregunta de quién ha recibido órden para regar de aquella suerte el bosquecillo. «¡Ah, señor! dice la aldeana temblando, no llevamos mala intencion, puedo asegurárselo á vd.; no soy la única de esta comarca..... y es mi vez hoy. —¿Cómo tu vez?—Sí, señor; ayer tocaba á Lisa, y mañana le tocará á Perreta.—Espícate, jóven, porque no te entiendo.—Supuesto que vd. me ha cogido en el hecho, no puedo ya andar con misterios; y por otra parte, no veo yo cosa alguna que pueda causarle enfado... Sepa vd., pues, señor, que habiéndole visto desde nuestros campos plantar y cuidar por sí mismo estos hermosos rosales, hemos dicho en todas las aldeas del contorno: «Es necesario probar á aquel que derrama diariamente tantos beneficios sobre esta tierra, y sabe honrar tan bien la agricultura, que no trata con gente ingrata; y supuesto que tanto se complace en cultivar flores, es preciso ayudarle sin que él lo recele.» En virtud de esto, toda moza de edad de quince años estará obligada, cada una á su vez, al volver de llevar su leche á Verneuil, á tomar agua en la fuente que está aquí inmediata, y regar todas las mañanas antes de salir el sol los rosales de nuestro amigo y universal padre de todos... Há ya cuatro años, señor, que nunca faltamos á esta obligacion; y aun puedo decir á vd. que nuestras mozas están impacientes de llegar á los quince años, para tener la honra de regar y cuidar las rosas del Señor de Malesherbes.

Esta ingenua é insinuante relacion, hizo una viva impresion en el ministro. «No me estraña, se decia á sí mismo todo embelesado, que estén tan hermosos y cargados de rosas mis rosales. Pero ya que toda la juventud de esta comarca tiene á bien darme todas las mañanas una prueba tan tierna de su apego, le prometo en cambio que no dejaré pasar un solo dia sin venir á visitar mi soledad, por la que estoy ahora mas apasionado que nunca. —Mejor que mejor, respondió la moza aldeana; con eso traeremos nuestros rebañios hácia esta parte, para tener el gusto de contemplar á vd. descansadamente, de hacerle que oiga nuestras canciones, y de charlar tal cual vez con vd. si tiene á bien permitirnoslo.

[Continuará.]

UNA ACCION NOBLE Y GENEROSA.

Hace poco presenciamos una accion de un niño, que merece recordarse, como leccion y ejemplo, á los que miran con culpable indiferencia, si no desprecio, á las personas agobiadas por el peso de los

años, ó desfiguradas por el rastro de las enfermedades.

Apeóse de un ómnibus en las inmediaciones del paradero de un camino de hierro una anciana, que segun era la prisa que se daba, creia no llegar á tiempo de tomar los carros.

Llevaba una maleta de viaje en una mano y un cesto en la otra; además, en el techo del ómnibus tenia un baul, que el cochero echó á tierra, luego que la buena mujer salió del carruaje.

Llena de impaciencia miraba á todos lados en busca de algun mozo que tomara sus efectos, y los llevara al inmediato paradero.

En esto, dos niños como de unos doce años que jugaban en la calle con unos arcos, se acercaron, y adivinando uno de ellos la urgencia de la anciana, dió su arco al compañero, se echó á cuestras el baul y lo llevó en un momento al carro de equipajes.

Quería la buena señora pagar al chico su trabajo, pero él no quiso admitir ninguna recompensa y volvió gozoso á continuar su juego en la plaza.

Sencilla por demas es esta accion; pero ¡qué contraste tan notable no forma con la conducta de una mayoría de jóvenes, que no ven en la vejez y debilidad mas que materia de burla y diversion.

EL CONCURSO DE LOS ANIMALES.

(FABULA.)

Quiso el leon cierto dia
Premiar con tino y saber,
Al mas ligero en correr
De toda su monarquía.

Para lograr su intencion
Y evitar yerros fatales,
Esclamó: «en negocios tales,
Lid, concurso, oposicion!»

Nombró, pues, un tribunal
Lleno de ciencia hasta el gorro,
Y fueron jueces un zorro,
Una mona y un chacal.

Entraron, visto el acuerdo,
En el concurso, un corcel,
Cuatro galgos, un lebrél,
Y otros mil que no recuerdo.

Entre ellos habia un gato,
Que al *accessit* aspiraba,
Cinco liebres, una pava,
Una tortuga y un pato,

Riéndose de mil modos
Todos de aquestos malsines;
Mas sonaron los clarines,
Y echaron á correr todos.

Quien, ya su pié, ya su callo
Movió mejor, no se sabe;
Pero dice un autor grave
Que fué el lebrél ó el caballo.

Ya el tribunal reunido
Iba á fallar al instante,
Cuando una oruga intrigante
Habló á los tres al oido:

Y talto la tal oruga
Los convenció en su relato,
Que se llevó el premio el pato.
Y el *accessit* la tortuga.—

Si á firmar oposicion,
Lector, el caso te obliga,
Ve primero si hay intriga,
Y quiénes los jueces son.

MELITO Y EL GÜERO.

I

Melito es un niño muy bonito, casi tan bonito como los pequeños lectores del «Album.» Su verdadero nombre es Manuel; por señas de que el dia de Córpus le dan su papá y mamá, y los amigos de la casa unas *cuelgas* tan primorosas, que da gozo verlas; pero le llaman Melito cuantos le conocen, por cariño, y á fé que se lo tiene merecido. El Güero es un gato muy inteligente y gracioso; diéronle sus padres al nacer, por vía de vestido, una piel cubierta de pelo amarilló bastantesuave, y esa es la que ha seguido usando hasta la fecha; entresus conciudadanos seria lo que el diccionario de la Academia llama *rubio*, y lo que los mexicanos en el lenguaje familiar llamamos *güero*; á esta circunstancia debe, pues, el nombre que lleva en su casa habitacion, que es la misma de Melito. Ambos, niño y gato, son compañeros de infancia: juntos se cria-

ron, juntos juegan, y juntos duermen. La mas perfecta paz y concordia habia reinado siempre entre aquellos dos amigos: ni Melito hizo jamas al Güero otra cosa que cariños, ni el Güero dijo nunca á Melito

«estas uñas son mias.» Pero la discordia, envidiosa de aquella tranquila existencia, hubo de meter su cuchara.... y se desavinieron los antes cariñosos amigos. ¡Y cómo si se desavinieron! Vean ustedes si no atentamente esas dos fisonomías, y convendrán conmigo en que una y otra revelan una cólera casi tan terrible como la de Aquiles. ¿Cuál fué el motivo de esa cólera? ¿por qué causa

vino á romperse aquella tan estrecha y cordial union, que casi pudiera llamarse fraternal? Esto es lo que sabremos en el curso de esta verídica é interesante narracion.





II

¿Qué les parece á ustedes de esa cara? ¿verdad que no revela tener muy contento el ánimo su propietario? ¡Ya se ve! Melito se ha enojado con el Güero, y el Güero acaba de marcharse dejando á Melito solo y sin mas amparo que su polichinela. Melito há menester consuelo, pues no soporta el corazon, así como quiera, un golpe de esa naturaleza; há me-

nester consuelo; pero el caso es que su polichinela no le dice una sola palabra. Yo creo que el tal polichinela es un solemne zanguango, que no sirve para maldita la cosa, al menos en casos semejantes.... Pero ¡tate! se me figura que á Melito acaba de ocurrírsele algo bueno.

[Continuará.]

EL NOMBRE DE DIOS.

La naturaleza es un gran libro, en cuyas páginas sublimes podemos leer verdades á cual mas hermosas y consoladoras.

Recuerdos, verdades, esperanzas, todo podemos leer en el sublime libro de la naturaleza. Mas hay un nombre que se encuentra impreso en todas y cada una de sus páginas, ya con grandiosos, ya con delicados, pero siempre con claros y hermosos caracteres: es el nombre de Dios. Yo le encuentro trazado en las alas de oro y azul del gusano que ayer se arrastraba por el cieno y hoy se posa sobre el fragante cáliz del clavel.

Le encuentra en todas partes el que quiera leerlo; lo mismo en ese blanco capuz de nieves en que se envuelven los montes durante el invierno, que en la rosa primaveral que se entreabre suavemente al soplo del cefirillo de la mañana. Sí, me parece que esa blanca sábana de hielos, lo envuelve en cada uno de sus pliegues, y que se encierra místicamente en el cáliz de la rosa.

Cuando la noche difunde sus sombras sobre la tierra, comienza á cintilar una estrella, despues otra y otras mil, y esa pléyade de mundos son grandiosos caracteres que se unen para formar un solo pero inmenso nombre: el de Dios.

Lo mismo lo murmura el arroyuelo que se arrastra mansamente sobre su lecho de arenas y de guijas, que el sordo bramar de las ondas saladas, cuando se alzan como montañas agitadas por los vientos.

El canto del clarin que se queja á la sombra del sauz, murmura que ese nombre es dulce como las notas que él lanza de su garganta, y el grito de las aves marinas dice que ese nombre es grande, mas grande que la estension sobre que ellas baten sus enormes alas.

Mirad al cielo en una hermosa noche de luna.

¡Cuán tranquila es la calma que reina en él! ¡Qué dulce es el idioma con que habla á nuestro espíritu esa pura y argentada luz! Todo murmura á nuestro oido que hay un Dios, y ese dulce murmullo es capaz de calmar la agitacion de nuestro espíritu y los sufrimientos de nuestro corazon.

En cualquier fenómeno de los muchos que nos presenta la naturaleza, en cualquiera de sus múltiples cuadros, siempre parece que una mano oculta traza ante nosotros el santo é inmenso nombre de Dios. Siempre parece que una voz misteriosa viene á murmurar suavemente ese nombre junto á nosotros; en nuestros goces, para realzarlos purificándolos; en nuestros dolores, para infundirnos valor é impartirnos consuelos y esperanzas.

ANGELA LOZANO.

México, Junio 2 de 1873.

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XXI

TEODORO SOCORRE Á FRANCISCO QUE HA CAIDO EN LA MISERIA.

No hemos olvidado al aldeanito, que fué echado vergonzosamente por su camarada. Teodoro tiene en su favor á todas las almas sensibles, porque es desgraciado.

Teodoro, nacido en medio de los campos, reunia con la sencillez aldeana un corazon justo y un juicio recto: él prefirió el estado de viñador á cualquier otro, ya por no desamparar á su padre y ayudarle en los días de su vejez, ya por la aficion que tenia á la agricultura, pues que despues del guerrero que defiende su patria, y del magistrado que hace ejecutar sus leyes, no hay en la sociedad estado mas respetable que el de los labradores: ellos son los que arran-

can del seno de la tierra lo necesario para el mantenimiento de sus numerosos habitantes: esta es la primera y la mas notable de las perfecciones: este era el modo de pensar de Teodoro.

El jóven aldeano aprendió á podar bajo la direccion de su padre; los trabajos del campo se le hicieron familiares, y como era muy laborioso, trabajaba sin descanso. Pronto la tierra, que nunca es ingrata, le volvió ciento por uno, y no solo le reparó sus pérdidas, sino que tambien le enriqueció dentro de pocos años. Teodoro tuvo la satisfaccion de mantener á su anciano padre, y á mas de esto de hacer mucho bien en su alrededor.

Un día que conducia un carro de vino á la ciudad, pasando cerca de un café, creyó ver á Francisco, solo, en un rincon, muy mal equipado.... Teodoro le contempló un momento, y no consultando mas que su corazon, entra, se dirige á Francisco, y le estrecha en sus brazos.—¡Cómo, es usted, Teodoro! dice Francisco con el rubor en su frente.—Sí, amigo mio, es Teodoro quien ama siempre á usted.—¿Á pesar del recibimiento que te hice, Teodoro?—No hablemos mas de ello: he vuelto á encontrar á Francisco, mi amigo, mi camarada; ya soy feliz. Francisco estrechó la mano á Teodoro, corriendo las lágrimas por sus mejillas. ¡Cuánto conocia entonces la falta que habia cometido!

Teodoro no le permitió pasar largo tiempo en sus reflexiones, se informó del estado de sus negocios, y luego supo que este jóven, tan brillante en otros tiempos, se hallaba en una situacion la mas deplorable.

Sin querer llegar al fin de una relacion que afligia á Francisco, al mismo tiempo que le humillaba á sus mismos ojos, Teodoro, tomándole por la mano: venga usted á mi casa, le dice, usted encontrará allí la paz del alma, y una honesta comodidad, el aire del campo le volverá la salud, y cerca de su amigo olvidará usted sus desgracias. Francisco, conmovido hasta lo interior de su alma, se arrojó entre los brazos de Teodoro.—No aceptar seria hacerte injuria, jóven bondadoso, le dice: yo te sigo para probar-te que todavía soy digno de tu amistad.

Teodoro asoció á su amigo al comercio de vinos que él ejercia hacia algun tiempo con buen éxito. Francisco se vió todavía rico; pero esta vez fué sin orgullo, de suerte que, hablando de sus faltas, se complacia en decir que la desgracia le habia castigado; pero que Teodoro, con su noble conducta, le habia corregido.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO IX.

Del modo de conducirnos con nuestros vecinos.

I

El que llega á una nueva habitacion debe ofrecerse á sus amigos vecinos; y respecto de las demas personas que moren en los alrededores, debe dejar al tiempo, á las circunstancias y al conocimiento que vaya adquiriendo de su carácter y sus costumbres, el entrar con ellas en relaciones especiales de amistad.

II

No es admisible el uso de ofrecerse indistintamente á los que ocupan las casas inmediatas á aquella que se entra á habitar; pues de esta manera, ó han de cultivarse relaciones que puedan ser inconvenientes, ó se contrae la enemistad de aquellas personas cuyo trato se abandone despues de haberlas conocido.

III

Cuando un extranjero recién llegado al país venga á habitar en los contornos de nuestra casa, y siendo nuestra posicion social y todas nuestras circuns-

tancias personales análogas á las suyas, creamos que podemos servirle de alguna utilidad ó deseamos adquirir su amistad, nos está permitido ofrecérselo, aunque no haya conocimiento anterior.

IV

Los ofrecimientos á que se refieren los párrafos anteriores, se harán por la señora de la casa tan solo cuando no tenga marido; pues teniéndole, es á él á quien corresponde hacerlos á su nombre y al de su familia.

V

Los que moran en edificios cercanos entre sí, deben considerarse, bajo muchos respectos sociales, como si formasen una misma familia, y guardarse recíprocamente todos los miramientos que están fundados en la benevolencia, y tienen por objeto principal el no ofender ni desagradar á aquellos con quienes se vive.

VI

Es un principio absoluto, y precisamente el que sirve de base á las sociedades humanas, que los derechos de que goza el hombre sobre la tierra tienen naturalmente por límite el punto en que comienzan á ser dañosos á los demas. El derecho, pues, que nos da la propiedad ó arrendamiento de un edificio para proceder dentro de él de la manera que mas nos plazca ó nos convenga, está circunscrito á aquellas acciones que en nada se oponen á la tranquilidad de nuestros vecinos, ni á las consideraciones que les debemos cuando se hallan bajo la impresion del dolor ó de la desgracia.

VII

No permitamos que los niños que nos pertenecen salgan á la calle á formar juegos y retozos, que necesariamente han de molestar á nuestros vecinos. Los niños de las familias bien educadas jamas se encuentran vagando por las calles, ni se entregan en ellas á sus recreaciones, ni en las que tienen dentro de su casa levantan alborotos que puedan llegar á las casas contiguas.

VIII

Igual cuidado debemos tener respecto de aquellos animales que solemos tener la debilidad de criar y mantener en nuestra casa, y que se sitúan en las ventanas como los papagayos, ó salen á la calle, como los perros, á molestar á los vecinos.

IX

En cuanto á los animales, debemos observar que no es necesario que salgan á las ventanas ó á la calle para que molesten á nuestros vecinos. Dentro de nuestra propia casa pueden hacer un ruido tal que llegue á las casas inmediatas, cuyos moradores no están ciertamente en el deber de sufrir semejante incomodidad.

X

A veces situamos los animales que á nosotros mismos nos molestan en la parte mas retirada de la casa, como lo hacemos con los perros, que atanos en el corral; pero pensemos que si de este modo alejamos de nosotros la incomodidad, es posible que la aproximemos á los lugares en que sean nuestros vecinos los que hayan de sufrirla.

XI

Procuremos que el lugar en que situemos nuestras bestias, no esté inmediato á una pieza que sirva de dormitorio ó de gabinete de estudio en la vecina casa.

(Continuará.)

EL MERITO Y LA FORTUNA.

(FABULA.)

Caminando á sol y á luna
Con estraña intrepidez,
Se encontraron una vez
El Mérito y la Fortuna.
Ambos entonces á una
Dijeron: «¿quien esto vió?

¿Quién así nos reunió
En dulce fraternidad?»—
Lo oyó la Casualidad,
Y exclamó riendo: «Yo!»

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La educacion es el desarrollo, de acuerdo con una idea.

La naturaleza educa, pues que desarrolla. El arte educa el material que saca de la naturaleza.

La educacion de una facultad se estiende tanto cuanto el hombre puede perfeccionar aquella facultad; pero esto solo es posible en proporcion que ella es robustecida.

Hacer que una facultad necesite un aumento creciente de estímulo para la actividad, es debilitarla ó enervarla.

Las facultades se robustecen á medida que se hacen capaces de estímulo; se debilitan en cierta manera, cuando su actividad no se escita suficientemente. Eso es enervarlas, debilitarlas.

La perfeccion de una facultad, en el progreso de su existencia y con relacion á su naturaleza original, está en su elevacion; con relacion á su desarrollo, está en su fuerza.

Pues que el entendimiento del hombre está destinado á un desarrollo infinito, él debe en cierta manera desarrollar tambien su individualidad.

El humano desarrollo aparece como el progreso de una condicion indistinguible; como la adquisicion gradual de mas y mas distincion, de carácter y formas, y movimiento del caos á la conciencia de sí mismo.

Mientras mas virtud hay en el hombre, en la niñez, mas hay despues en desarrollo y cultura.

Por tanto, la educacion de todo hombre presupone facultades y virtud, y esfuerzos para desarrollarlas tanto como sea posible.

No educar á un niño, es querer que languidezca la planta mas noble del jardin de Dios.

La educacion de los hombres debe elevar sus almas.

La educacion hace á los hombres libres y les universaliza, porque requiere un completo desarrollo.

La ignorancia es la falta de educacion; la actividad de las facultades, sin educacion, es la barbarie.

Si la educacion conduce á variar el modelo original, esto es, la naturaleza, es una educacion equivocada.

Si el curso de la educacion escede al desarrollo, de tal manera que los poderes se encuentren recargados de tarea, eso es mas que educacion.

Lo mismo puede decirse si la educacion traspasa la esfera del hombre.

Lo mismo sucede si la educacion es imperfecta ó sin algun plan.—SCHWARZ.

En verdad, ¿qué eleva mas el alma, ó alienta mas la virtud y refina los impulsos del corazon, que las hermosas opiniones del objeto de nuestra existencia? El universo, ilimitado; infinito el espacio y el tiempo; el sol, que brilla sobre nosotros como una chispa de un Sol superior; nuestra alma, inmortal, unida á los inmortales; y—si obedece á Dios—destinada á la felicidad de Dios.—WIELAND.

Durante los primeros siete años, el niño es puro y sencillo, como la blanda cera.

Concluyendo la niñez, viene el período en que el niño adquiere toda clase de faltas; parte por sus propias tendencias, parte por la inclinacion del mal que ve. A medida que el cuerpo crece, el alma adelanta con él, y los sentimientos secretos arden.

Los defectos de la verdadera educacion son la fuente del engaño y de toda clase de trasgresiones; la causa principal de la violacion de las leyes del alma.

Para que el alma invisible sea la morada del Dios invisible, las dotes principales del hombre están en la necesidad que tiene de instruccion.—PHILO.

LA PALOMA.

(FABULA.)

De su amargura en el dolor profundo,
Decía la paloma: «si es preciso
Ser ó verdugo ó víctima en el mundo,
Yo el rigor sin segundo
Acato de la ley que así lo quiso.
Mi implacable enemigo noche y dia
Es el milano atroz, nacido solo
Para tormento de la vida mia;
Mas aunque fiero me persiga á muerte,
Yo mi infelice suerte,
Por la de ese opresor no trocaria.
Cúmplase, pues, la bárbara sentencia
Que el monstruo contra mí tiene dictada:
Yo moriré tranquila y resignada,
Si al terminar mis dias su existencia,
Conservan el candor y la inocencia
Que me legó mi madre inmaculada.
Tal vez, al devorarme mi tirano,
Sentiré ser paloma en tanto duelo;
Pero daré tambien gracias al cielo,
Porque nací paloma y no milano.»—

Bien de manera tal hablar te plugo,
Dije al oírlo yo, paloma mia:
¿Quién, lo mismo que tú, no elegiria
Antes víctima ser, que no verdugo?

LA LECCION DE LA ARAÑA.

Tenia Lucía que acompañar á su madre á una visita; pero habiéndose desgarrado el nuevo traje que tenia puesto aquel dia, fué necesario, siendo ya tarde, dejarla para mas adelante.

Este contratiempo irritó á la niña, que atribuyó á su mala fortuna la ocurrencia sucedida, y se desahozó en quejas contra la fatal suerte que siempre se interponia en todas sus empresas.

Su madre la tomó de la mano y atrajo su atencion á una arañita que en aquellos momentos estaba afanosamente ocupada en tender su tela, en el mismo lugar donde la escoba de la criada habia barrido otra que ella habia acabado aquel mismo dia.

Aquella tela, dijo la madre, que la pobre araña habia construido á costa de trabajo y tiempo, fué destruida esta mañana, y á duras penas pudo librarse de la escoba de María, la pobre tejedora: sin embargo, hija mia, observa cómo sin perder el tiempo en inútiles lamentos, y sin dar quejas al aire, nuestro animalito se ha puesto de nuevo á la obra, y con su perseverancia é industria, tiene ya casi concluida una habitacion tan perfecta como la anterior. ¿Por qué no sigues su ejemplo, y en vez de quejarte de los males, no te pones á remediarlos, ya que no los has evitado de antemano?

Comprendió la niña la justicia de estas observaciones, y que si en vez de lanzar suspiros y dirigir acriminaciones á la fortuna, se hubiera puesto á zurrir su traje, ni hubiera dejado de hacer su visita, ni tenido que perder su tiempo en inútiles lamentos.

La dalia, la rosa, el nardo y el clavel.

(FABULA.)

Al verse sin olor la dalia hermosa,
Se juntó cierto dia con la rosa,
Con el clavel gallardo
Y con el puro y odorante nardo;
Y aun no habia pasado un breve instante
De estar con ellos en consorcio amante,
Ya la dalia inodora
Se empapaba en su esencia embriagadora,
Y á nardo, á rosa y á clavel olía.—

Fruto igual, poco mas ó poco menos,
Da al malo que se junta con los buenos
De la santa virtud la compañía.